

## **Abolición de la inercia**

Había convertido lo insólito en rutina de su memoria y nunca hemos sabido hasta qué punto ella cree que los disparatados fenómenos a los que se refiere cuando recuerda su infancia tuvieron lugar realmente y convirtieron la vida cotidiana de todo aquel pueblo en una inestable sucesión de prodigios que duró al menos hasta que ella tuvo que emigrar, privando a sus vecinos de los milagros frecuentes y a ella, parece, de su capacidad de ensueño, pues nunca se ha referido a ningún portentoso suceso sucedido durante otras épocas de su vida, ya marcadas por una pobreza que fue disolviéndose con los muchos cambios de década.

Quizá por influencia de todo lo escuchado, los nietos habíamos desarrollado un carácter analítico, casi técnico, que proyectábamos sobre todos los ámbitos de la existencia. Los espejismos son demasiado variados para reducirlos a unas cuantas ecuaciones, pero así nos habían vuelto las historias de la abuela: el relato de lo imposible, que es asumido por el niño con la misma naturalidad que lo que sucede ante sus ojos, hace sospechar al adolescente, y ya sabemos que la curiosidad del adolescente, si duda metódicamente, la aprovecha feroz el sistema educativo para formar a ingenieros hábiles con los puentes pero torpes e incrédulos para los esoterismos.

Así, siempre respetuosos con las leyes de la meteorología, la biología y hasta con las de Newton (algunos saltimbanquis pudieron burlarlas sobre las llanuras abrasadas de la Murcia interior) habíamos desarrollado varias teorías para explicar estos sucesos que la abuela siempre nos narró sin asombro, intercalados con los lances por conseguir la mejor lubina antes de Nochebuena o las últimas aventuras de los hijos de la vecina que eran dos y sin embargo impares: el uno más travieso que nosotros, espejo deformante y esperpéntico en el que no mirarse y el otro, casualmente, virtuoso y un modelo a seguir.

Descartada la demencia senil, y es que mi padre apunta que él ya escuchó de niño que un zepelín enorme sirvió para que todo Lorca hiciera vida en él durante varias semanas, tabernas incluidas, en una anticipación aérea de los modernos cruceros; mis primos concluyeron que todas estas ilusiones surgieron durante la Guerra Civil. Los piratas

berberiscos, que con sus sables fueron frecuentes en el Mediterráneo durante el siglo XVIII, bien pudieron transformarse en los moros de Franco. Con esta maniobra redujeron la cuestión de lo inexplicable, que suele ser compleja y sugerente, al terror de una niña que prefirió creer en lo que inventaba antes que en la realidad sangrienta y cruel.

Por mi parte, yo encontraba una relación entre estas historias voluptuosas y una coquetería que no extinguieron los años. Todavía la abuela visita las peluquerías casi a diario y es muy partidaria de los perfumes más exagerados como mecanismo de defensa frente al lobo, que puede confundir a quien no se perfuma generosamente con un miembro de su manada y llevarlo con él.

La coquetería fue durante años una forma de romanticismo, el arma de las esposas para mantener junto a ellas a sus maridos, y debía extenderse en toda dirección porque tan fatal podía resultar un marido sensible a los encantos de otras mujeres como uno aburrido de la conversación repetitiva. Por esto yo creo que junto a los afeites sobre su cutis, ella aplicó una capa de fantasía a todos sus recuerdos de soltera, una cosmética barroca y alucinada para saciar el hambre de aventuras de mi abuelo, agobiado en la oficina como tantos españoles que habían descubierto, después de recorrer los campos, que trabajando a cubierto existen humillaciones peores que la lluvia.

Estas crónicas de lo inaudito hicieron más llevaderas sus tardes, y para cuando yo llegué al mundo (iniciaba mi errática travesía hacia el final de la suya) ya habrían repetido decenas de veces las andanzas de un anciano que caminó hasta Galicia (no era posible imaginar viaje más largo que el que une las esquinas de la Península) y regresó a Murcia convertido en niño sabio.

El abuelo murió antes de Navidad, precisamente cuando planeaban visitar Santiago de Compostela, acaso intentando escapar de la visita indeseable que ya intuían. No hubo suerte y el tiempo, que pudo haberse detenido como en otras ocasiones, pareció castigarlos por recurrir —era la primera vez— a una de aquellas leyendas minúsculas y familiares.

Se perdieron los billetes de tren y la abuela dijo que aquel viaje ya no hubiera tenido sentido para ella. Supongo que no lo tiene buscar en solitario lo que se quería encontrar acompañado y menos aún transformar la quimera en desengaño.

Este mes de mayo, el más caluroso que guardan los registros, hemos vuelto a celebrar el cumpleaños de la abuela. Su padre se la encontró en 1924 durante una fuerte y excepcional ventisca. Nunca había nevado allí tan avanzado el año y no ha vuelto a suceder. Su cabecita apenas asomaba entre la nieve y mi bisabuelo tiró de ella hasta que la liberó. Como si fuera una cebolla.

Junio de 2018

Enrique Rey Vázquez